

do penetra bajo las mil y mil cúpulas que el Creador se ha levantado a sí mismo desde millares de años; cuando vé en obra la naturaleza antigua; cuando las gigantescas columnas del edificio están vivas a sus ojos con sus bóvedas de verde refulgente a los rayos del sol, con la riqueza infinita de las formas y de los colores que las adornan!

Como el santuario de los templos y el interior de los monumentos, la virgen selva es un lugar cerrado y limitado a la vista: para el ojo es un límite; para el espíritu es una profusión infinita de pensamientos. Las plantas en masa crecen alrededor del observador con exuberancia tal, que intercepta la luz: salen de sí mismas formando nuevos troncos, que se subdividen hasta lo infinito redondeándose en sobrepuestas bóvedas; y sobre vuestra cabeza forman espeso techo, impenetrable al día, atravesado por bejucos, sostenido y ligado por las plantas trepadoras. El ojo no puede descubrir dónde empieza ni dónde acaba la planta: en el lugar mismo donde sus raíces penetran en la tierra, montones de otras plantas, familias enteras que se ramifican infinitamente, ocultan el pié del arbusto: en el punto donde se busca la cúspide, un mundo nuevo, que vive en una región aérea, forma una capa inextricable de vegetación. Los rayos del sol solo pueden penetrar apagados en esa masa vegetal, y por esas bóvedas innumerables y entrecortadas; solo pueden ellos derramar en esas salas de verdura una luz crepuscular y misteriosa. Atmósfera fresca y cargada de las abundantes emanaciones de la vegetación se mantiene allí constantemente uniforme.

Sorprendidos por tal magnificencia, los ojos se pierden en aquel indefinido y siempre nuevo laberinto, buscando un orden, un principio, una disposición sistemática; pero es demasiado poderosa la impresión del todo; y solo de cuando en cuando un color particularmente brillante, una flor extraña ó una forma del todo imprevista, atraen la vista y provocan un grito de admiración: apenas, sin embargo, se ha dado una mirada a alguno de estos objetos, cuando la vista se siente de nuevo arrastrada por el movimiento general de aquellas olas de verdura. Espectáculo es este que no se podría ni dibujar ni describir; solo puede admirarse en silencioso arrobamiento, y con una especie de religioso estremecimien-

to. ¡Y cuán estrecho es el espacio que la mirada puede abrazar! ¡En aquel caos de la creación, los ojos no alcanzan en cualquiera dirección mas que á algunas toesas! ¡Cuán grande, cuán diverso é infinito es ese mundo del cual tan pequeña parte produce semejante impresión en el que se llama rey de la creación!

Solo despues de haber habituado nuestros ojos, pudimos gozar de la magnificencia anonadante de ese espectáculo. Aquella era una sucesión de maravillas que se revelaban y se ofuscaban mutuamente como las imágenes de un kaleidoscopio. Nada mas característico que las diversas clases de plantas elevándose unas sobre otras en tres pisos principales. En el suelo mismo admirábamos la exuberante profusión de las aroideas de innumerables formas y dulcísima frescura; las escitamineas de flamíferas flores, que relucen desde lejos; las musáceas de gigantescas hojas que se balancean atrevidamente en su poético desarrollo; los helechos, cuyo abierto follaje de verde opulento se mece muellemente y nos recuerda los bosques de nuestros países. Cerca de estas plantas que se sostienen por sí mismas en su independencia, la rica y curiosa familia de los filodendrones de innumerables formas, busca, como su nombre lo indica, la amistad y el apoyo de los árboles. La profusión con que estas diversas plantas se esparcen por el suelo, excede en mucho a todo lo que puede verse en los mas rellenos invernaderos; y sin embargo, lugar queda todavía entre ellas, en esa tierra húmeda y fecunda, para una infinita multitud de otras plantas que crecen a la sombra. Su modesto desarrollo apenas atrae las miradas; y no obstante, brillarian como estrellas de primera magnitud en una exposición europea de horticultura. No cito mas que las begonias, con las que se tropieza a cada paso: ¡qué magnificencia de dibujo, qué belleza de tintes en su follaje! ¡Y deben agregarse a todo esto las innumerables especies de césped, y las palmeras enanas por naturaleza ó comprimidas en su crecimiento! Esas masas de verde esmaltado, son como un parque donde hormigüea el mundo de los insectos.

Del seno de esta vegetación terrestre se levanta, como un primer piso de elegante y ligera arquitectura, la multitud de esbeltos y flexibles arbustos. Son en general plantas de anchas hojas pendientes en forma de plumas de pájaros. Hallamos allí abundan-

temente representadas las cecrópias; vemos salir de lo mas tupido algunas palmeras aisladas cuya graciosa cima se desenvuelve ampliamente.

Sobre este piso se lanzan los grandes árboles de tronco delicado, de sombrío follaje, del género de las camelias, y de los laureles. Sus extensas ramas fuertemente ligadas por los bejucos, forman el primer techo de verdura. Con frecuencia rodean sus troncos los filodendrones ú otras hermosas enredaderas que se agarran y comprimen en ellos. Con frecuencia tambien están completamente desnudos: vése entónces un tronco liso como una anguila de color ocre ó pajizo, y duro como la piedra. En su mayor parte son esencias de abres preciosas, ó maderas de construccion incomparables é indestructibles. Son las plantas de esta region las que mas han escapado hasta aquí a los botanistas. Casi todas tienen un follaje brillante y frutos comestibles que sirven de abundante alimento a los pájaros y a los monos.

Como en un edificio de arquitectura hay entresuelos, así distinguimos arriba de este piso, inmediatamente bajo el techo de verdura, un piso intermedio levantado por la naturaleza. Está formado de bromeliáceas de reflejos metálicos, plantas aéreas que se establecen, a manera de grandes nidos de pájaros construidos con arte, en las ramas y los troncos. De sus coronas de follaje, vigorosamente dibujadas, sale lo que el mundo puede ofrecer mas hermoso y perfecto en punto a flores.

En fin, sobre el segundo piso, se lanzan esos gigantes prodigiosos que en el transcurso de mil años han adquirido fuerza para atravesar todas esas diversas capas de follaje y llegar al aire y a la luz; gigantes que inundados por los rayos del sol extienden sobre el bosque vírgen sus inmensas ramas como brazos de un patriarca, abrigando a lo lejos a toda criatura y dominando a todo ser viviente.

Son ellos maravillosos monumentos que contienen en sí mismos la historia del bosque vírgen, señalando las épocas milenarias. Estos antiguos testigos del último período de la creacion forman el principal atractivo de esta region tan magníficamente poblada. Pero, como todo lo que es grande y sublime, se elevan tanto sobre lo que acostumbramos ver, que en realidad se les adi-

vina mas bien que abrazarlos completamente. Quedan un enigma para el botánico, pues florecen y dan sus frutos en una esfera adonde no puede alcanzar por los medios ordinarios. Son para él potencias casi desconocidas, y por lo mismo no se ha atrevido a darles nombres.

Así como los adornos del friso superior de un edificio se distinguen de los de los diferentes pisos, así hay tambien en aquella region aérea un mundo particular de plantas, que difiere completamente del nuestro. Allí es donde las orquideas lucen su incomparable magnificencia, y donde las tiliáceas brillan en todo su esplendor.

Llenan los intervalos los bejucos, plantas singulares que se adhieren por sus raíces a la tierra, y que semejantes á jarcias limpias, se extienden y se enrollan en las diversas regiones de rama en rama, de tronco en tronco, muchas veces a distancias enormes, para cubrirse al fin en las mas altas esferas de hojas y flores a la vivificante luz del sol.

Nada hay mas maravilloso que este esfuerzo de todas las plantas para llegar al aire y a la luz. Gracias a esa aspiracion hácia los rayos benéficos, todos los troncos que poseen la energía necesaria para crecer, presentan el aspecto de un edificio esbelto y ligero sobre el que descansa ese elevado y espeso techo, detrás del cual se sospecha la existencia del sol como si perteneciese a un mundo extraño y lejano.

Bajo este abrigo que aparta los rayos del sol, se levanta de las regiones inferiores una atmósfera concentrada: cargada de humedad, de emanaciones vegetales y de materias orgánicas, exhala ese voluptuoso perfume que se respira en las partes de nuestros invernaderos consagradas a las plantas tropicales, que embriaga nuestros sentidos oprimiéndonos como un sueño en una noche de estío. El suelo, al que nunca llega la luz, permanece siempre húmedo y blando: cede bajo los piés. Como las circunstancias permanecen las mismas desde hace millares de años, las hojas que se secan, las cortezas que se desprenden, las cápsulas de los frutos y todas las partes que desecha la energía vital, forman una capa de putrefaccion blanda, elástica, y componen, en fin, el humus en que la descomposicion de las plantas mantiene una vida siempre jóven y siempre nueva. El poder misterioso que preside a las transforma-

ciones de la materia, la hace fermentar en esas capas espesas, disuelve los organismos y elabora otros nuevos. El aire permanece eternamente en calma entre el suelo y la sombría bóveda del follaje; espacio limitado que la curiosidad humana trata en vano de salvar. Una luz crepuscular, una inmovilidad constante en la atmósfera, ningún rayo de sol, ni un murmullo en el follaje, son fenómenos tan nuevos para el hombre habituado a una agitación constante, que lo turban y lo inquietan produciéndole una sensación extraña é inusitada.

Así como las plantas se mantienen siempre en la región en que las ha fijado una ley inmutable, así también las diversas especies de animales. En el húmedo suelo, bajo las bóvedas formadas por las anchas hojas de las aróideas y de las escitamiáceas, entre los pies de las begonias y la paja de las gramíneas, se vé el caracol en forma de hélice, la tortuga que se arrastra, el lagarto que se entrega a sus saltos caprichosos, la temible tribu de las serpientes que espían su presa, y el armadillo enroscado como bola. Al nivel de las plantas bajas, se vé al salvaje venado huir de la persecución del hambriento jaguar, y al pesado tapir abrirse su camino con estrépito. En la región de las zarzas, á la sombra de las pequeñas palmeras, el colibrí vuela de flor en flor, y las mariposas gigantes revolotean silenciosamente como otros tantos sueños. En las coronas de los árboles de mediana altura, óyese el grito del tucan que aguza su encorvado pico. Mas alto, en los árboles gigantes, bajo sus vastas cúpulas, vive el inquieto pueblo de los monos formando alegres pelotones; los cucos titís y las ligeras ardillas saltan de rama en rama; y en fin, sobre todos los otros animales desfilan los papagayos en enjambres a los rayos del sol.

No es permitido al viajero ver lo que pasa en las regiones medias é inferiores; la vida de las cimas aéreas solo se le revela por el sonido: su vista no puede alcanzar hasta allá. Solo en la orilla de una corriente de agua ó en rarísimos claros es desde donde puede percibir á los habitantes de las regiones superiores. Como las plantas germinan y florecen sin desviarse de las leyes que les fueron señaladas desde los días de la creación, así el pueblo de los animales, desde que salió de las manos del Creador, vive independiente y libre en el círculo que le fué trazado.

Penetrando un poco más en el bosque llegamos a un lugar algo mas claro: en él los árboles se elevaban con mas libertad, y la mirada podía abrazar mayores espacios. Solo allí nos fué posible observar mas de cerca los bejucos. Su tamaño y su forma excedían en mucho de lo que esperábamos. Tan pronto se enlazaban en festones de árbol en árbol, tan pronto colgaban como la cuerda de una campana de gigantes, desde una rama principal hasta la tierra; ó bien como los obenques de un navío estaban tendidos oblicuamente desde el suelo hasta la corona de los árboles.

Caía ya el día cuando volvimos a la *fazenda* de nuestro amable huésped, en la que una alegre comida nos reunió a cosa de las nueve. Como es natural, hablóse mucho de los negros y de la esclavitud. S*** ha hecho estudios filosóficos sobre los negros, y se ha formado una opinión razonada sobre su temperamento. Ocupándose además de medicina, es el médico de sus propios esclavos, y desempeña las funciones de partero de sus negras. Gracias a sus estudios filosóficos y médicos, tiene ideas sobre lo físico y lo moral de los negros, y ejerce prodigiosa influencia sobre las imaginaciones de los seres que le están confiados. La experiencia lo ha convencido que todo gran *fazendero* debe hacerse médico, cuando el caso se presenta, en bien de sus numerosos esclavos, y que este es el único medio de conservar ascendiente en ellos.

Le preguntamos si a su modo de ver el negro participa realmente mas del hombre que del animal. Nos respondió con mucha lógica que el negro es un hombre puro, por la razón de que cruzándose con la raza blanca puede producir hijos, y estos a su vez son capaces de reproducirse; pues en la naturaleza dos razas vecinas pueden ser fecundas en el cruzamiento; pero su fruto queda en seguida estéril: como sucede con la mula nacida de la burra ó de la yegua. Esta deducción tan fría, pero tan lógica, conduce a una conclusión perentoria. Los negros, continuó, son hombres; pero también está demostrado que son muy inferiores a las otras razas del globo. Los partidarios de la esclavitud pretenden además que en el sistema del universo, han nacido para las funciones de sirvientes, y para tranquilizar sus conciencias, ya encorazadas, invocan la maldición mística pronunciada contra Cain, el hijo impío. Por otra parte, en su concepto la necesidad de la es-

clavitud está demostrada, con el hecho de que los negros son capaces de trabajos que harían sucumbir a los blancos. Así, no podría sin ellos cultivarse la caña de azúcar que se hace bajo un sol vertical. Los blancos, a más del calor, serían incapaces para soportar ni aun las exhalaciones de las plantaciones. Lo que se verifica del otro lado del océano no importa a los propietarios de esclavos; él no se inquieta del origen y solo se ocupa de las consecuencias, es decir, de la esclavitud que le es útil. El robo de hombres en África; el horroroso viaje que se les obliga a hacer por el océano, nada de esto compromete su responsabilidad: los negros no caen bajo su criterio sino desde el momento en que se encuentran en su territorio. Partiendo de aquí, el propietario hace, no sin lógica, la observación de que el negro, en el orden establecido, es más feliz en la esclavitud que dándole la libertad, y que aun los negros dejados libres perecen, en la mayoría de los casos, poco después. Pero por qué perecen, es en lo que estos señores no se toman el trabajo de reflexionar.

El negro en libertad perece, porque después de cometido un acto reputado criminal, escapándose de la servidumbre, vaga en el bosque como un proscrito, como un errante, sin otro recurso que la caza y el latrocinio, y sus privaciones lo conducen a cometer robos en las *fazendas* y a embriagarse; ó bien perece, porque habiéndosele dado bruscamente la libertad, se encuentra sin recursos, é ignora el modo de vivir con independencia: cae entonces en la pereza y en el vicio como un hijo abandonado.

Sea de esto lo que fuere, dos causas principales producen el decaimiento de los negros: las persecuciones voluntarias ó involuntarias de parte de los propietarios de esclavos, y la ausencia de toda instrucción y de toda educación, por modesta que sea. Si pudiese ponerse remedio a este mal, sería permitido no desesperar del porvenir, pues los negros de Liberia son gentes muy honradas. Pero lo que hay desgraciadamente de cierto es, que en las presentes circunstancias, cuando todos los hombres que piensan, empezando por el Emperador, son propietarios de esclavos, los negros emancipados perecen casi todos de un modo miserable. Bastará citar un ejemplo reciente.

Una negra esclava de la provincia de Minas Geraës, halló un

dia un enorme diamante; lo llevó lealmente a su amo, quien sacó de él sumas fabulosas. El precio de la piedra es tan grande que se ha formado una sociedad de accionistas que hasta hoy hace vanos esfuerzos para hallar un comprador en los mercados europeos: donde quiera que se ofrece es desechada la oferta, porque nadie posee la suma suficiente para la adquisición de tan preciosa alhaja. El primer propietario quiso manifestar de un modo brillante su reconocimiento a la pobre criatura autora de su fortuna, y creyó hacer una cosa enorme dándole la libertad. La desventurada mujer murió algún tiempo después en la mendicidad, víctima de su propia incapacidad y de la incuria de su amo.

Los esclavos constituyen la riqueza del *fazendero*: con su concurso crece la fortuna de éste. Es por lo tanto una de las preocupaciones del propietario, la de tener su establo en buen estado, y en tanto cuanto sea posible la de aumentarlo. St*** casa temprano a sus esclavos: es la mejor condición para la multiplicación, porque los casados se observan más, y la presencia de las mujeres casadas inspira, en ciertos casos, temor á las jóvenes. El propietario mismo es el que se encarga de las ceremonias del matrimonio: un eclesiástico le estorbaría. A la ceremonia sigue un banquete: este vínculo les parece más enérgico que la bendición de la Iglesia, que estos desgraciados en su ignorancia absoluta no comprenderían. Como la fecundidad de estos matrimonios es para el amo de la mayor importancia, es necesario fomentarla. St*** da a sus negras un premio por cada hijo que tienen más de seis. Algunas veces las mujeres destruyen su propio fruto para vengarse del amo. Penas rigorosísimas castigan tal atentado, así como las riñas frecuentes y con frecuencia atroces que se suscitan entre negros y negras: generalmente son ocasionadas por los celos. La razón para reprimirlas severamente es que las heridas causan al propietario un notable perjuicio. En semejante ocasión el nervio de buey hace las veces de la oliva de paz. Sucede también con frecuencia que los negros se ahorquen heroicamente, según la expresión de St*** por hacer mal a su dueño. Él mismo ha sido víctima de aventuras de este género.

En la *fazenda* impera un régimen muy rigoroso, ó, mejor dicho, un despotismo absoluto. El dueño puede castigar, cuándo y como

le place. No tiene mas regla que su conciencia, ni mas límite que la consideracion de su propio interes. Si hiere demasiado fuerte, sufre un perjuicio en la carne humana que le está sometida. El negro que ha sido maltratado con demasiada dureza se debilita, ó bien se cubre de cicatrices y ya no se le puede vender ventajosamente, aun cuando se le alimente bien, como se hace de ordinario ántes de la venta.

El castigo mas suave, y es el que se repite diariamente, consiste en golpes aplicados en la mano con la *palmatoria*. Los otros son el grillete, el trabajo en domingo y los *chicotazos*: estos pueden llegar a ciento, sin que por esto se entienda que la liberalidad del amo esté encerrada en este límite. Para estas ejecuciones el negro es amarrado a una escalera de mano que se apoya contra la pared. Los grandes castigos se aplican por partes y segun las circunstancias. Cien chicotazos producen ordinariamente la pérdida de la vida, lo que naturalmente causa grave perjuicio al propietario.

Las penas mas terribles se reservan para la insubordinacion y la rebelion. St*** nos decia: «¿Qué seria de dos ó tres blancos en medio de centenares de negros rebeldes, si aquellos no tuviesen el ascendiente moral? Más de una vez me he hallado completamente solo en semejantes momentos: me he apoderado de los cabecillas, ó he mandado a los irresolutos y tímidos que se apoderasen de ellos y los amarrasen; y en seguida los he tratado de un modo ejemplar.»

Hay ademas una pena muy dolorosa para los negros demasiado inquietos: es lo que se llama el tronco, a saber: un trozo de madera al que se atan, segun las circunstancias, los piés, la cabeza ó los brazos del paciente, que debe quedar así un dia entero inmóvil, tendido en la tierra pura.

Cuando los esclavos cometen grandes crímenes, sus amos son los que las mas veces sufren la pena. Un matrimonio blanco tenia dos esclavos de cuyo trabajo vivia. Estos degollaron a su amo, y fueron ahorcados. La viuda de la víctima fué condenada a pagar las costas del juicio. De este modo, habiendo perdido a su marido y a sus dos esclavos, pagó los gastos judiciales: cayó en la mendicidad.

En la *fazenda* de St*** se despierta a los esclavos por medio de

un ruido estridente á las cinco de la mañana. Don K***, el administrador, vestido de calzoncillo y pantuflos de madera, descuelga el *chicote* del clavo, toma una expresion tan severa cuanto puede, y baja la escalera a cuyo pié lo espera un negro que se inclina con aire muy respetuoso y lo acompaña. Pasa revista á los negros bajo la galera, y les distribuye el trabajo. En seguida, van los negros de uno en uno á la puerta de la cocina y reciben su racion. Con excepcion del descanso de medio dia, trabajan mientras dura la luz. Segun el cálculo de St***, un minuto de ociosidad por ciento veinte esclavos, hace la pérdida de dos horas, y en doce dias la de uno de trabajo.

Despues del trabajo, se les pasa de nuevo revista. Desfilan entónces por delante de la casa del amo; tienden sus manos hácia él saludándole humildemente, diciendo: «*A benção.*» El omnipotente señor extiende la mano derecha como para bendecirlos, y murmura: «*Deos te benção.*» Esta costumbre parece patriarcal: el esclavo pide la bendicion, y el buen amo contesta: «Dios te bendiga.» Solo que el *chicote* afea la ceremonia.

Durante mi permanencia en la *fazenda da Vittoria*, fui, con arreglo á los principios de hospitalidad de St***, el dios del momento. Fui invitado por él para pronunciar sobre sus esclavos durante el desfile, la fórmula de bendicion; papel que desempeñé de buen grado, y con el patético conveniente. Es esta una liberalidad que no arruina y economiza el dinero que podria gastarse en propinas distribuidas á los esclavos: en mas de una circunstancia es un recurso durante el viaje. En nuestra sociedad acaba por convertirse en proverbio, y la hemos importado á la Europa para servirnos de ella en ciertas circunstancias y respecto de ciertas personas.

Una vez dada la bendicion a los esclavos, que se contentan con esta largueza, hombres, mujeres y niños, vuelven a la puerta de la cocina para recibir tambien el alimento corporal. Cada cual obtiene una racion medida ó pesada, que consiste en carne seca, en *farinha* y en galleta, despues de lo que todo el pueblo negro se dirige á su gran cuartel, dividido en compartimientos a manera de caballeriza. Allí hacen cocer sus alimentos, y la noche les pertenece. Sin dejar de atender a sus negocios de familia, fabrican ca-

nastas y cucharas de coco, escudillas y otros objetos de este género que tienen derecho de vender en su provecho. El domingo, día de reposo para los hombres y para las bestias, pertenece a sus trabajos privados.

Apénas puede la imaginación concebir nada mas triste que la existencia de los negros. Su vida es la de los condenados a galeras. Dos cosas sobre todo horrorizan en este doloroso destino. Una es que la cólera y la venganza del omnipotente propietario solo pueden ablandarse por temor de deteriorar su mercancía humana; la otra es, que estas criaturas, que tienen alma, aun cuando se hallen dotadas de todos los talentos y de toda la energía imaginables, jamás podrán aspirar a una condición mas elevada, a ménos que el capricho del dueño haga un milagro en su favor.

En el Mato Virgem, 17 de Enero de 1860.

Hoy volvimos desde temprano al *Mato*. En los bosques vírgenes, no se trata solo de abrirse un camino entre los árboles, de hacerse una senda en la espesa maleza, de arrancarse de las espinas que retienen a uno, de desembarazarse violentamente de los bejucos que lo lazan, no; tambien se necesita trepar con manos y piés sobre los troncos de los árboles caídos que obstruyen el camino, ó deslizarse como se pueda por debajo de ellos: unas veces es preciso izarse por las raíces, y otras arrastrarse entre las ramas de los árboles; y nada digo de las aguas en que se sumerge uno, porque esto es mas bien un agradable refresco.

En esta región, el bosque presenta tres aspectos diversos: en primer lugar, el *Mato*, propiamente dicho, es decir, una llanura cubierta de árboles gigantes, de otros medianos, y de la exuberante vegetación inferior: ayer lo describí, y tal era la parte que recorrimos hoy al principio de nuestra excursión. Vienen en segundo lugar las profundidades húmedas, en las que a cada paso se encuentran arroyos, estanques y pantanos: allí la vegetación inferior es mas que nunca rica hasta la profusión, y sumamente caprichosa: el verde es todavía mas brillante, los colores de las flores mas vivos que en cualquiera otra parte; los árboles gigantes se levantan con una potencia y una belleza incomparables: enlazados por magníficos bejucos, suben hasta el cielo; pero los media-

nos, que constituyen esa capa que limita la vista, faltan en lo general. En fin, en las alturas formadas por cadenas de colinas, en las que reina la sequedad, la vegetación inferior falta casi completamente; en recompensa, el bosque mediano, apretado como en una empalizada, forma barreras por donde el viajero no puede abrirse camino sino a costa de duras fatigas.

Cada paso nos hacia descubrir nuevas maravillas: nos abriamos paso á través de un mundo de escitamineas, de musáceas, de aroides, por entre mil clases de gramíneas, é innumerables especies de árboles verdes hasta hoy desconocidos é innominados, sobre los que subian los filodendronés de hojas caprichosamente cortadas, y de reflejos metálicos. El galaripso apretaba sus nudos al rededor de estos árboles: guirnaldas de bejucos los enlazaban: las bromeliáceas de extraños contornos, y las encantadoras tilandsias se mecian entre sus ramas como nidos de pájaros: algunas palmeras de diversas especies y tamaños atraían tambien nuestra atención por sus formas simétricas ó por las desagradables punzadas que nos hacian sentir sus lanudos troncos. Flores de orquidea, de un amarillo de oro, esparcidas por el suelo, nos revelaban la presencia de un ejemplar de esta maravillosa planta en las coronas de los árboles gigantes que no podíamos ver.

Avanzábamos por un océano de verdura que presentaba los tintes mas diversos: la luz dorada del sol, amortiguada por el follaje, solo nos daba una crepuscular y fantástica claridad. Transportado á regiones desconocidas, léjos de todo lo que habia visto hasta entónces, me sentia como embriagado, como sumergido en un delicioso sueño, en el que la naturaleza se me aparecia bajo el aspecto de un jardín encantado. Sin embargo, algunos objetos formaban como un lazo entre este cuadro y mis recuerdos anteriores: eran algunas plantas que conocia, por haberlas visto en nuestros calientes invernáculos, pero que aquí me parecian transfiguradas. En los intervalos que quedaban al rededor de ellas, veía objetos completamente nuevos: las mas extrañas y desconocidas formas flotaban como en un océano de tesoros inimaginables, que la vista turbada no podia abarcar, que los sentidos admirados no podian abrazar. Invadía al alma una sensación voluptuosa; pero la impresión era demasiado poderosa y demasiado nueva para que fue-

se posible darse cuenta de los pormenores. Cuando la naturaleza despliega su energía primitiva, y prodiga todos sus tesoros bajo los trópicos, el hombre se siente anonadado, y solo puede atónito admirar.

Habíamos llegado á una pequeña cuesta, en donde el bosque era ménos tupido, cuando oímos un voz ronca, de acento profundo, que partía a intervalos regulares de las cumbres lejanas de la selva. Uno de nuestros compañeros reconoció el grito particular del mono chillon, cuyo tipo se encuentra en todos los bosques primitivos. El acento de este grito participa del quejido y del rugido, y es espantoso durante la noche. Es producido por una conformacion singular de la laringe, cuyo aspecto es bastante gracioso en las piezas anatómicas. El poder de este instrumento es extraordinario; su llamada se oye a distancias increíbles.

En general me llamó fuertemente la atencion una propiedad característica de las especies de animales que viven en el *Mato*: el sonido de sus voces no está en manera alguna en proporcion con el tamaño de sus cuerpos. ¿Quién pensaria, por ejemplo, en buscar el origen de un pitazo semejante a los de los caminos de hierro, en el diminuto y frágil cuerpo de la cigarra? ¿Quién se esperaria de la garganta de una rana, un ruido análogo al de un martillazo sobre el yunque? ¿Quién podria adivinar que es un lindo pajarito el que hace oír el paloteo del telar, ó que el pecho de la araponga, especie de tordo, es el origen de un ruido de fragua que hace vibrar el aire a lo léjos? Verdad es que este fenómeno se explica en parte por la calma extraordinaria de la atmósfera, y por el silencio de muerte que reina en la selva, así como por la atencion siempre despierta del curioso viajero cuyos sentidos adquieren una vivacidad del todo nueva.

Cuando llegó el fin del dia, se dispuso el campamento, preparándose lo mejor que se pudo un albergue a la *sauvage*.¹ Cada uno de nosotros se entregó a sus gustos para pasar la tarde y gozar de la naturaleza segun su fantasia. El botanista, cuyo ardor era infatigable, se puso a trabajar de nuevo para su coleccion. Se deslizaba por los matorrales, subia a los árboles para alcanzar las

¹ En frances, en el texto aleman.

plantas parásitas, cortaba y derribaba con todas sus fuerzas. El pintor dibujaba con su talento inimitable sus bosquejos tomados del cuadro maravilloso que teniamos por delante. Con una rapidéz casi igual a la de la fotografia, reproducia en algunos rasgos la fisonomía de las plantas: era lo bastante para que una persona iniciada en los misterios de la selva virgen, reconociese las formas raras y los caracteres de familias de cada una de las representadas. El cazador, animado por las repetidas apariciones de un pájaro negro, con pico color de oro, que debia ser una especie de mirlo ó de pico, vagaba con la carabina en la mano; pero toda su pena fué perdida. ¿Cómo tirar en semejante selva, que es el parque de la naturaleza, en donde el animal se halla en su dominio, y donde el hombre no es mas que un intruso? Todo es proteccion para el legítimo habitante del *Mato*: en esa espesura vegetal, ni el ojo ni el plomo pueden penetrar: para moverse no se tiene mas espacio que el de algunos pasos, y necesario seria que una feliz casualidad se pusiese de parte de uno para hacerle alcanzar el objeto de su afan; despues de lo cual todavia se necesitaria otra buena fortuna para hallarlo y apoderarse de él. La caza en estas regiones seria de un grande atractivo, pero tambien de suma dificultad para un Nemrod.

Adivinábamos que el sol se ponía en los bosques del Oeste, pero no lo veíamos. Levantábase lentamente un vapor dorado: en uno que otro lugar, cuando el follaje lo permitía, veíase que el firmamento se cubria cada vez de mas brillantes tintes; la sombra de los matorrales subia por los troncos de los árboles, y por último tomaban el reflejo metálico los colores de los objetos; los últimos rayos se deslizaban por las azuladas hojas de las palmeras, suavemente movidas, y cual aliento moribundo flotaba en el ramaje rosada luz. En fin, la cigarra *ferrocarril* dió su larga y melancólica señal; una luz argentada, último resto del dia, se esparció con el fresco sobre el inmenso bosque, y un momento despues pudo decirse como en la leyenda del Génesis: «hízose la noche.»

¡La noche en el mundo primitivo! Si semejantes espectáculos tienen en todas partes algo de sublime, aquí su gravedad es arrebatadora, anonadante; una especie de estremecimiento religioso se apodera de uno al representarse el período de la creacion en

que ya todo germinaba, florecia, vivía, excepto el hombre y su raza. Léjos de sus semejantes, en un bosque que jamás ha sido profanado, que se extiende sobre todo un continente, el viajero en el momento en que el día le abandona, siente apoderarse de su corazón una ansiedad inexpresable; se halla como perdido; está incierto entre el alegre sentimiento de una libertad sin límites y una inquietud que no podría reprimir.

Uno de nosotros presidió a las disposiciones necesarias para la noche. Preparóse el fuego, proveyéndosele de alimentos, a fin de dar un poco de luz en medio de las tinieblas siniestras del bosque y de alejar las fieras. Amontonóse una gran provision de leña, visitáronse las armas y se repartieron las guardias. El velador tenía el encargo de alimentar el fuego y de dar la alarma en caso de peligro. Teníamos que precavernos contra dos clases de enemigos, las fieras errantes y los indios salvajes.

Nuestra situacion tenia un carácter del todo romántico: era la aventura en toda su flor: mi humor viajero é independiente se hallaba satisfecho. Encendí mi linternilla de viaje para examinar una vez mas nuestro campo; colgué mis armas de un tronco de palmera; me cubrí la cara con mi gorro aleman; me envolví en mi plaid; me eché en mi hamaca aérea y descansé mi cabeza en el cojincillo bordado por la baronesa, objeto de lujo de las familias brasileñas, pues estos cojines las mas veces están forrados de finísima tela, sobre un fondo color de rosa ó azul celeste, y cubiertos de encajes y bordados.

Cerca de mí y abrigados por mí, reposaban el médico y el pintor tendidos sobre mi tapete de la India: los otros se agruparon parte en el *rancho* y parte al rededor del fuego. El aire de la noche era fresco y benéfico, é invitaba al viajero fatigado á entregarse a las dulzuras del sueño. Me abandoné a alegres ensueños; ya me felicitaba por las dificultades vencidas en el día; ya me regocijaba la idea de esta primer noche pasada victoriosamente en medio de los bosques vírgenes del continente trasatlántico, y mi pensamiento errante recordaba con alegría una noche semejante en que habia dormido en hamaca en la inculta Albania á orillas del mar Adriático. El pasado y el presente flotaban en imágenes caprichosas, cuyos contornos mas y mas inciertos llegaban a des-

vanecerse en el sueño, cuando resonaron unos acentos sonoros y comenzó el extraño concierto instrumental del bosque virgen.

Los martillazos del infatigable *ferreiro* resonaban como si partiesen de un taller de cíclopes; la perdiz daba su melancólica nota en cadencias rápidas; el sapo gigante llamado en el Brasil *Bufo agua*, lanzaba de lo alto de los árboles su grito poderoso y siniestro, semejante a una evocacion de muertos; el quejido raro del mono-chillon rodaba como un trueno. Todos estos sonidos, a los que todavía se mezclaban otros desconocidos, se unian en la oscuridad para formar un coro gigantesco de susurros, de lamentos; un canto de locas fantasmas, un sábado de brujas, en el que cada voz se esforzaba por dominar a todas las demás. El bosque entero parecia estar en revolucion; era un estruendo de martilleos y de gritos como si las potencias misteriosas de las tinieblas se hiciesen la guerra. ¡Qué angustias semejante concierto no debe causar al viajero que se halla abandonado en la soledad! Para nosotros, retirados con toda seguridad en el rancho, cerca de un fuego flamante, ese coro solemne no era mas que un motivo de placer: yo lo consideraba como una serenata ofrecida a los extranjeros por el Nuevo Mundo. Solo a media noche, cuando el *muto* dejó oír su resonante nota, entró todo repentinamente en calma, como por un golpe dado por el director de una orquesta fantástica: el espantoso concierto cedió su lugar a un silencio de muerte, para volver a empezar al llamamiento del *muto* una hora ántes de la salida del sol. Llenos de confianza en el fiel guarda que velaba por nosotros, gozamos de algunas horas de delicioso sueño.

En el Mato Virgem, 18 de Enero de 1860.

No habiamos abandonado el *Mato virgem*. Nos hallábamnos entre amigos formando un pequeño círculo, en el que reinaba la concordia: pacíficamente instalados en el seno de la opulenta naturaleza, nos entregábamnos a las mas agradables y alegres conversaciones. Ya se trataba de la selva virgen y de la vida que en ella se pasa; ya las imaginaciones, franqueando la vasta extension del mar, invocaban los risueños recuerdos del país natal doblemente agradables a semejante distancia y en tan profunda soledad. Las recientes fatigas solo se nos representaban bajo su aspecto divertido.

El día pasó en explorar de nuevo el bosque. Por fin llegó la tarde con sus admirables matices, su atmósfera balsámica y su calma fortificante. Con mi álbum en la mano me paseé por aquella vegetación exuberante y soberbia siguiendo el curso de un tranquilo arroyo. Contemplaba las bellezas de la creación en sus maravillosos pormenores y su imponente conjunto: estaba como abismado en un mudo éxtasis: dulce satisfacción penetraba mi corazón agradecido: él se abría por entero á las gracias de la naturaleza que se manifestaba a mí en todo su poder primitivo, en sus mas secretos atractivos y en su esplendor triunfante. El sentimiento de apacible felicidad que me llenaba, trataba de traducirse en palabras que tomaron la forma de un pequeño poema, débil eco del ritmo poderoso de la naturaleza en sus flores. Por poco que un hombre posea en sí una chispa de poesía, es imposible que en este mundo inmenso del *Mato*, no sienta bullir la fuente de los cantos y brotar con nueva abundancia. Así como en los campos dorados de la Italia, como en los Alpes ó en las montañas de la Grecia cubiertas de vapor azul, ó como sobre las llanuras sin límites del mar, lo que despliega aquí a nuestra vista la obra divina arrastra invenciblemente a la poesía. El bosque virgen mereciera hallar un cantor de genio, como lo era Lenau, poeta tan prematuramente arrebatado al mundo; pues solo la amplitud de la lengua de los versos podría hacer adivinar bellezas que el pincel del mas hábil pintor, embarazado por la riqueza de las imágenes, no podría reproducir dignamente.

A FORISMOS

CAPÍTULO SEXTO

1851-1862

Enero 14 de 1851.

No es bueno contemplar muy de cerca a los grandes hombres: mientras más nos aproximamos a la luz, mayor es la oscuridad de las sombras, y cuando llegamos a acostumbrarnos a aquella, acaba por no deslumbrarnos ya.

Enero 28 de 1852.

¿Por qué se alaba de fieles a los perros? porque se arrastran y se dejan apalear; ¡y el hombre gusta tanto de hacer sufrir y ver arrastrarse!

Febrero 20 de 1852.

En la mesa, entre personas de buena educación, tiene grandes ventajas el último lugar: se come sin ser visto, y por las miradas recíprocas de los otros convidados, se descubre cuáles son los bocados mas grandes y mejores.

Marzo 9 de 1852.

La vida no es más que un olvido perpétuo.